

quién era casarse con una muchacha rica, «ella aportaría la dote y él su figura, el título de médico y sus habilidades flamencas». (327.I).

A través de este personaje, enfrentado éticamente a Don Pompeyo, «el buen ateo» de Vetusta, que se escandalizaba ante la desvergüenza irreverente y flamenca del mozo, hace funcionar Clarín el recorrido narrativo de un tema objeto de su crítica, como lo es en general de la de los intelectuales ilustrados: su aversión a la imitación provinciana de las modas de la corte, a menudo populistas, en este caso flamencas, por parte de los nuevos «pollos», adláteres de la nobleza y especie aún más estúpida que los de nostados, en el siglo anterior, «eruditos a la violeta».

«Clarín», en *La Regenta*, crea, entre tantos otros, estos dos personajes, figurativizados en Joaquín Orgaz y en Don Pompeyo, a los que enfrenta en sus respectivos «roles». En el primero condensa todas las negaciones de la oquedad sin fondo de un retoño de clase media, achulado y maleducado en sus años de estudiante, juerguista en Madrid, y que en Vetusta encontraba un lugar de segundón, merced a su frívola disposición, en las reuniones «de la clase». La afición al flamenco de este personaje funciona en la estructura narrativa como el factor más caracterizador de su definitiva y estúpida vaciedad. Ninguno más adecuado para convertirse, manipulado por otros, en el oponente de Don Pompeyo, ya que capacidades para la iniciativa, siquiera fuese para la malicia interesada que logró destruir al ateo, medio a su vez en el plan para la aniquilación del Magistral, no poseía Joaquinito. Pero sirve bien de peón, movido por Mesía, oponente de De Pas. De este modo, podemos afirmar que la oposición entre «el flamenquito indecente», aceptado entre «la clase», y «el buen ateo», más ignorado que repudiado, funciona como oposición secundaria en la estructura narrativa de la novela, cuyo antagonismo central representan Fermín de Pas, el Magistral ambicioso y Alvaro Mesía, el zafio de alma y pulcro seductor. Pero los protagonistas centrales están movidos a la rivalidad por la posesión de un objeto que ambos desean, doña Ana Ozores, la Regenta, mientras que la oposición que enfrenta a Don Pompeyo y Orgaz se sitúa en el nivel de los valores clarinianos, de la ideología como referente, en cuyo análisis encontramos las razones de su aversión al flamenquismo con el que adorna y califica a Joaquín Orgaz.

La censura por la afición al flamenco que «Clarín» hace figurar en Joaquinito, a la que opone su adhesión afectiva, sin dejar de ser satírica, por Guimarán, el incrédulo ilustrado y convencionalizado de Vetusta, se inserta en los paradigmas profundos que cruzan de valores negativizados, disfóricos, la novela. Se dilucida en el nivel narrativo en que se da cuenta de lo inconsistente o lo superficial, o lo anodino que impera en las costumbres de la sociedad vetustense: entre otros temas, el de las modas «snob» a las que se entregaban los frívolos imitadores de juerguistas cortesanos. Así, remedando en el gesto a «Zamacois, Luján, a Romea, el sobrino, a todos los actores cómicos de Madrid, donde acababa de licenciarse en Medicina» (325.I), aparece Orgaz por primera vez en la novela, como un «pollo sietemesino», vocinglero y murmurador, que dice la primera palabra sobre el escándalo que acecha a la Regenta. Mientras el digno «padre del deslenguado, que estaba presente y admiraba la desfachatez de su hijo, adquirida positivamente en Madrid y muy a su costa», contenía la caída de babas «y guiñaba un ojo a un amigo. No cabía duda que los chicos sólo en Madrid se despabilan. Caro cuestión, pero al fin se tocan los resultados» (326-7.I).

Así, pues, la función que la afición al flamenco del de Orgaz cumple en la novela va más allá de la simple manifestación del antiandalucismo clariniano. Pensamos que tiene una finalidad estructural nada gratuita, puesto que tal afición, que define sobre todas otras al de Orgaz, es la más adecuada para oponerlo a Don Pompeyo, personaje que aparece ideológicamente adscrito a posiciones que profesara el propio autor, ambos identificados con la corriente cultural que había defendido los principios de la Revolución del 68:

Quando *estalló la Revolución de Septiembre*, Guimarán tuvo esperanzas de que el librepensamiento tomase vuelo. Pero nada. ¡Todo era hablar mal del clero!... Y nada más: a eso se había reducido la *revolución religiosa* en Vetusta, como no se cuente a los que *comían de carne* en Viernes Santo (208.II).

Decepción que no podía ser sino la del propio autor, porque, para Leopoldo Alas, un día no muy lejano, aquella revolución, «digna de musa épica», había significado el planteamiento serio, por primera vez en España, de todos los problemas que «la libertad de conciencia había ido suscitando en los pueblos libres y cultos de Europa» (31.I). En 1878, recordaba «Clarín» que en aquellos años de plenitud, en los que él mismo abría los ojos de la inteligencia (tenía 18 años en el 68), llegó a pensar que España tendría al fin su oportunidad histórica, a juzgar por el movimiento renovador, por la vitalidad inédita en torno. Pero no fueron los resultados tan brillantes como las expectativas, acaso porque el pueblo, entusiasmado, sí, con aquellas ideas, que ondeaban junto a sus banderas, no conocía realmente su alcance, no asimiló la victoria... y aquel «despertar de un día esplendoroso», quedó reducido, triunfante la Restauración, al desencanto, a la amargura, a la tibia esperanza de que los frutos de las semillas del progreso madurarían, «en el seno de la intrahistoria, hacia un futuro lejano, pero inevitable» (32.I). Los antecedentes del regeneracionismo noventayochista, el hilo conductor del pensamiento progresista español, al que ya nos hemos referido, encuentra en «Clarín» uno de sus fundamentos más sólidos y perdurables.

En este estado de rabia por el presente, y poco antes de adoptar definitivamente una posición posibilista que le llevó a participar, junto a Castelar, en la política de la Restauración, «Clarín» escribe *La Regenta*, y crea en el personaje de Don Pompeyo, la cara satirizada de su propio fracaso, incluso y sobre todo el del absurdo de la lucha anticlerical en un país en el que «había catolicismo, pero no católicos» (421.II). La ingenua creencia del ateo de Vetusta de que podría hacer valer su verdad —verdad que nos ofrece «Clarín» más bien como terco y mostrenco convencimiento— en un mundo al que no le importaba verdad alguna, lo conduce al fin a ofrecer públicamente el espectáculo del abandono de todos sus principios, vanamente mantenidos en vida porque los humilló, ante todos, en la hora clave de su muerte.

Se ha destacado el hecho de que Don Pompeyo, «el buen ateo», y Camoirán, «el buen obispo», son los personajes menos maltratados de la novela. Pero Don Pompeyo como personaje está radicalmente negado, lo que no acontece en ningún momento con Camoirán, cuya negatividad, si tuviera la que la crítica le atribuye, está fundamentada fuera del discurso narrativo. Guimarán, por el contrario, está ridiculizado por la corrosiva ironía clariniana en el mismo discurso, está parodiado en sus creencias, humillado al final de su vida con paradójica saña, si se tiene en cuenta la afinidad ideológica con

su autor. La más suave ironía, como la empleada en la expresión «el buen ateo», modaliza en el mismo paradigma significativo que «el pobre hombre» o «infeliz sujeto», y califica la fundamental ignorancia de Guimarán, rasgo negativo que resta, en definitiva, valor a sus convicciones. La diferencia entre Don Pompeyo y «Clarín», aparte de que Leopoldo Alas nunca fue ateo, por más que participara del anticlericalismo republicano con superior beligerancia, es que el personaje clariniano no tiene la cultura de su autor, su capacidad intelectual para el análisis, para la reflexión o la autocrítica, y está por ello, a pesar de colocarse en el mismo flanco ideológico, rigurosamente parodiado...

«Era como un oso viejo, ciego y con bozal que anduviese domesticado, de calle en calle, divirtiendo a los chiquillos» (203.II)... Don Pompeyo no creía en Dios, pero creía en la Justicia. En figurándosela con J mayúscula, tomaba para él cierto aire de divinidad, y, sin darse cuenta de ello, era idólatra de aquella palabra abstracta... La Justicia le obligaba a reconocer que el actual obispo de Vetusta, Don Fortunato Camoirán, era un varón virtuoso, digno... equivocado de medio a medio, pero digno. ¿Tenía un ideal? Pues Don Pompeyo le respetaba... Don Pompeyo no leía, meditaba. Después de las obras de Comte (que no pudo terminar), no volvió a leer libro alguno; y en verdad, él no los tenía tampoco... Pero meditaba» (208.II).

Quizá, con aquella crítica al idealismo grotesco de Don Pompeyo justificaba intelectualmente su autor la necesidad de una actitud posibilista, la que él mismo no tardaría en adoptar al integrarse en el mismo sistema que quería seguir combatiendo. Partiendo de similares valoraciones, mientras la de «Clarín» es la posición de quien maneja intelectual y críticamente los resortes de la situación, y opta en consecuencia, Don Pompeyo es un ignorante utópico que no es capaz de percibir, ni tan siquiera, las limitaciones de su propia vanidad, la que al fin lo pierde al dejarse engañar, instrumentalizar, por los cínicos aduladores que, en propio provecho, lo utilizan con ventaja...

Perfectamente calculado aparece, por lo tanto, el enfrentamiento ético entre este personaje y el de Orgaz: sin salirse del mundo de mediocridades que *La Regenta* revela, *nada mejor para oponerse al progresismo idealista, que figurativiza una corriente cultural europeizante, que el flamenquismo achulado, en quien se vuelven paradigmáticos todos los tópicos de la estrechez mental castiza y costumbrera*. Se está representando una lectura, elemental y provinciana por sus dos extremos, de la oposición entre las dos Españas que cuajaban, una frente a otra, a lo largo del siglo. No es de extrañar, pues, que «Clarín», al enfrentar a sus dos personajes, critique, con superior desprecio, el flamenquismo del de Orgaz: es, precisamente, el ropaje que ha elegido para presentárnoslo en toda su estulticia e irreverencia insolente, capaz de escandalizar la sensibilidad quijotesca del ateo:

Perfectamente —dijo Joaquinito Orgaz de p y p y doble— y se puso en pie para hacer una pirueta flamenca... Creía Joaquín que en casa de un ateo de profesión, de un loco, en otros términos, la buena crianza estaba de más. Don Pompeyo se quedó mirando a Orgaz asombrado de su desfachatez...» (224.II).

Y más aún. El momento elegido para la exposición detallada de las mojigangas flamencas del de Orgaz, que siempre reservaba para lucirlas a los postres, en las reuniones sociales, viene a colmar las náuseas con que el estómago de Don Pompeyo está recha-